

UN VENEZOLANO GENIAL: RUFINO BLANCO-FOMBONA

Por EDGARDO UBALDO GENTA

*Artigas en la patria de Bolívar y Bello, y Bolívar y Bello
en la de Artigas y Rodó*

El mundo hispanoamericano celebró en 1974 el centenario del nacimiento de Rufino Blanco-Fombona, uno de los más extraordinarios, originales y famosos escritores de nuestra habla, cimero en el pensamiento como en la acción, ambos líricos y aún dramáticamente apasionados; talento y carácter al que estuvimos estrechamente unidos en la última etapa de su existencia, cuando en calidad de representante diplomático de Venezuela en el Uruguay, ya lo había sido todo: novelista, historiador, poeta, ensayista, crítico y editor; partiendo de un hogar humilde a gobernador del Estado del Amazonas, de cónsul de su patria a asilado voluntario o forzado por la tiranía. Todo sí, pero todo en grande.

Entonces había llegado al ápice, realizado en plenitud su vasta obra, merecido, tras incesante lucha, la paz de un cargo cómodo y grato, desde que palpita ahora en el solar de su admirado y querido Rodó, en una etapa de oro del pueblo uruguayo. Y no obstante, le aguardaba aquí, y por nosotros, una nueva causa por la que lidiaría con juvenil empeño hasta la última hora, precisamente fiel al apotegma rodoniano: "En América sólo han sido grandes quienes han desarrollado, por la palabra y la acción, un sentimiento americano."

* * *

Blanco-Fombona llegó a Montevideo en la hora precisa en que, luego de satisfacer nosotros el anhelo de que el Uruguay alzase en Asunción una estatua del héroe nacional, Artigas, por el asilo que el Paraguay dio al prócer en desgracia hasta su muerte, nos prestábamos a ofrecer a nuestro gobierno dos nuevas estatuas, fundidas con bronce donado por la infancia de las escuelas, destinadas una a la patria de Bolívar y la otra a la de Washington, en espera de que Venezuela y los Estados Unidos nos retribuirían con las efigies de sus correspondientes libertadores.

Todo eso ignoraba el flamante ministro la mañana en que acudimos a su alojamiento en el hotel del Parque Rodó, a presentarle el saludo protocolar del instituto americanista que presidíamos.

¿Qué poder de afinidad, qué fuerza espiritual de comunión nos quiso unir desde ese instante y para siempre?

* * *

Antes de referirnos a lo que sería el último cálido sueño de Blanco-Fombona, permítasenos esbozar su biografía, por juicios que sobre sus rasgos característicos escribieron figuras de relieve en España y América.

Así, Rubén Darío dijo de él: "Ha escuchado el dulce te amo en todas las lenguas". Pero el salvadoreño Gilberto González y Contreras aclara: "Correspondiendo psicológicamente al españolísimo Don Juan, no fue estéril como él, sino fecundo en la superabundancia de su vitalidad"; mientras que Andrés González Blanco lo ciñe más austero en sus costumbres: "Buen señor —aclara— ni siquiera sale de noche; hombre alejado de ruidos, un literato que rehuye deliberadamente toda reunión literaria; serio, comedido, cortés, a quien suele vérsese por las mañanas a caballo por los alrededores de Madrid, o por la tarde en la biblioteca y en la sala de conferencias del Ateneo." Y todavía Edgar Gabaldón Márquez pone en su lugar el sensualismo: "Blanco-Fombona fue un dionisiaco, un voluptuoso de las formas, una mezcla de Benvenuto Cellini, del Caballero Casanova y del Superhombre de Nietzsche: indomable personalidad de venezolano integral, de fiero intérprete de todo lo animado y viviente".

* * *

Con respecto a su valía intelectual, exponentes de fama como el mexicano Jaime Torres Bodet, nada menos que ex director de Unesco, manifiesta: "Blanco-Fombona es, junto con el argentino Lugones y el mexicano Vasconcelos, uno de los tres hombres más ilustres de las letras americanas". Y Luis Gallegos Valdés: "Blanco-Fombona fue un adalid de nuestra auténtica expresión. Dejando de lado las puerilidades de los modernistas, la eficacia de su estilo radica en su hambre de ser americanamente sincero". Y Angel Sotíño Brice: "Es cumbre intelectual de Venezuela". Y el notable venezolano Luis Beltrán Guerrero lo ubica con su magistral acierto: "Fue el primero en oír las trompetas renovadoras del modernismo. Pero no como imitador de arquitecturas preciosistas, ni en la prosa ni en el verso. Autóctono, rompe con la retórica pseudo-clasista o con el romanticismo sensiblero de la generación inmediatamente anterior, acuerda el ritmo de sus canciones al despertar de una nueva sensibilidad y de una nueva expresión, pero con acento y matiz personalísimo, y por ello profundamente americano".

* * *

En cuanto a su temperamento, a su moral, lo retrata así González Contreras: "Leyendo, escribiendo, amando, concertando duelos —como los que sostuvo con el Príncipe de Brancovan, hermano de la Condesa de Noilles, con el novelista Binet-Valmer, con Albert Erland y con Stephane Lauzanne, entonces redactor en jefe de "Le Matin"— viajó por Bélgica, Alemania, Rusia, Italia, España e Inglaterra". . . "Orgullosa, amando la acción y la lucha; injusto a veces, pero dispuesto a rectifi-

carse con nobleza. Apasionado y valiente, generoso y leal, tienen su vida y su obra visión segura de las realidades de América”. Y Luis Yepes: “Blanco-Fombona conservó íntegra la esencia de su alma feudal y caballeresca, y consagró su pensamiento a buscar en la inmensidad creadora del Libertador. En la maraña de su vida hubo siempre un Olimpo y un calvario. Y eso es propio de los varones destinados a la inmortalidad”.

* * *

Efectivamente; el supremo propósito de su pensamiento fue la glorificación de Bolívar, como lo testifican entre tantas de sus obras, conferencias y otros escritos, de la calidad de “Las Cartas de Bolívar”, sus “Discursos y Proclamas” “La Inteligencia y Bolívar”, “El Espíritu de Bolívar” y “El pensamiento vivo de Bolívar”.

Pero desde que el hado propicio lo asomó al mundo de nuestro héroe Artigas —mundo que abraza la inmensidad de la Cuenca del Plata, desde los Andes al Atlántico y desde Misiones, Río Grande y el Paraguay a La Pampa, entonces salvaje; algo así como una Gran Colombia de la América Austral, bajo la idea prodigiosamente futuraria de unión de los pueblos independientes para el ejercicio de la democracia— intuyó de súbito que entre todos los grandes capitanes-estadistas de América en la etapa clave de su destino, no hallaría otro paradigma complementario de su imagen bolivariana, que el Héroe de la Platania. Y desde tal momento, los abrazó apasionadamente juntos en la inmensidad de su alma.

Hasta tenía que subyugarlo el hecho, valiente como providencial: que viniese a coincidir su investidura de representante de Venezuela en el Uruguay, con la existencia de una estatua de Artigas en proceso de ejecución: como esperándolo, para servirse de ella como nudo moral entre el Libertador de seis Estados y el Protector de los Libres del Sur. Y de modo más singular, del Orinoco de los llaneros con el Plata de los gauchos; y aún, de fraternidad definitiva entre su patria y nuestra patria. Desde ahí, pues, hasta su último deseo, documentado en una carta histórica y en un mensaje que nos envió en vísperas de hacer crisis el mal que lo llevó a la muerte, su actitud fue de estímulo y ayuda para que Artigas tuviese en Caracas un sitio digno de su estatura, en la esperanza de que a nosotros nos correspondería la distinción de asegurar en Montevideo el paraje adecuado a la grandeza de Bolívar.

* * *

Estamos a la hora 10 del 26 de noviembre de 1940, para Montevideo en primavera cabal. Ved ahí la estatua de Artigas, sobre improvisado pedestal, alzado en el cruce las Avenidas 18 de Julio y Agraciada, sobre el eje del admirable Palacio Legislativo. A su frente se halla el Primer Mandatario, General don Alfredo Baldomir, rodeado de su séquito de ministros de Estado, legisladores y miembros del cuerpo diplomático; a su rededor, las banderas de América signando las escuelas que ostentaban sus nombres; en otro gran semicírculo, las Fuerzas Armadas; y colmando la gran plaza, el pueblo expectante.

* * *

Entonces, a los acordes del Himno Nacional, el Presidente de la República descubre la estatua de su velo de banderas; de inmediato nosotros, desde la tribuna, hacemos entrega de aquel bronce sagrado al Gobierno Nacional en la persona del Ministro de Relaciones Exteriores, el doctor Alberto Guani, figura llamada a desempeñar papel decisivo cuando la batalla naval del Río de la Plata, entre un acorazado alemán y tres cruceros ingleses. Lo sigue en la palabra el representante del Senado, cuerpo que para dar más alta significación representativa, donó los recursos para la fundición del monumento; después, el Director de Enseñanza, por las legiones de escolares que en decenas y decenas de emotivas ceremonias, entre maestros y padres, ofrecieron bronce de sus hogares para que en la ofrenda al país de Bolívar palpitase el alma de Montevideo. Y finalmente, Blanco-Fombona, quien, entre clamores unánimes, consagró el acto con elocuente oración, de la cual destacamos estos párrafos hoy capitales:

“Con impaciencia espera Caracas la erección del monumento que confiasteis con generosidad suma a su cuidado”. Y el que proclama: “Y comprendereis cuánto me regocija decir que, como testimonio del cariño venezolano hacia vosotros, el gobierno que represento se promete eternizar este mensaje, entregando a la devoción de vuestro pueblo la imagen de Bolívar”. “Encargóme tan honroso cometido el Jefe de Estado, General Isaías Medina, quien desea que Artigas en Venezuela y Bolívar en el Uruguay, refrenden y acrecienten esas corrientes de sentimiento y acción que tanto nos comprometen”.

* * *

Blanco-Fombona no tardaría en partir, desde que siempre vivió en marcha. Pero no olvidaría nunca ese momento, ni ese lugar, ni la misión que se imponía sobre un postrer ideal aún no cumplido. Hoy es justo que nos preguntemos: ¿Nos dará la vida para ver y gustar la retribución de Venezuela, y la estatua de Bolívar en el sitio que eligió para ella el gran bolivariano e ilustre exponente de la intelectualidad americana?

Aunque nos abruma dar a publicidad la carta que nos remitió el entrañable amigo —único modo de autentificar su más ardiente deseo—, consideramos un deber ineludible no ocultarla por más tiempo, pues sería esquivar el compromiso de sostener su voluntad para cuando la estatua de Bolívar arribe a Montevideo. Hela aquí:

Este 2 N° 213. Quinta Bolivia
Caracas, 10 de junio de 1943
Sr. Coronel de Ingenieros Don Edgardo Ubaldo Genta

Muy recordado y eminente amigo.

Su carta encantadora del 27 de marzo se la contesto con retardo. Perdónemelo: mi salud ha sido precaria y, lo peor, con una postración de espíritu que me tiene convertido en muy poquita cosa. Pero oiga: pocas cartas he recibido en mi vida que me han sido tan grata. En usted reviven, afortunadamente, para nuestra común y querida América, los más altos poetas universales de la Epopeya; y ya nos ha dado usted epopeyas

magníficas. Estoy seguro de que “Bolívar, Prometeo de América” —según la síntesis de los cuadros y dados el fervor del poeta y su espíritu creador— será obra maestra que repita en nuestro universo el secular fulgor esquilano. Usted, poeta de América, es hombre para tanto.

Pedirme un prólogo para ese libro es abrumarme de responsabilidad, queriendo honrarme inmerecidamente. Sin embargo le respondo con desfachatez: acepto. Y acepto, no porque crea tener confianza en mis fuerzas, sino porque unir mi insignificancia personal a la alteza de su espíritu, prueba que Bolívar no necesita más que de Genta y Genta no necesita sino de Bolívar y América. Mándeme, pues, las pruebas.

Déjeme hablarle de nuestro Artigas. No crea que me he desentendido en Caracas de lo que le prometí a usted en mi oficina de Montevideo. He tomado a pecho que Artigas permanezca en Caracas, “patria de héroes”, al pie del Avila que los vio nacer; y en toda la grandeza del uruguayo insigne. Su estatua será erigida en uno de los mejores sitios de la ciudad, en la maravillosa Avenida O’Higgins, presidida por la estatua en bronce del Gran Mariscal de Ayacucho. Es más: un barrio nuevo que se está construyendo allí y que dirige el ingeniero Francisco Carrillo Batalla, compañero de mi hijo Rufino Blanco Fombona, también Ingeniero, llevará el nombre de Artigas, y será presidido por la estatua del héroe de Las Piedras. Creo que las calumnias y las injurias argentinas contra Artigas quedarán minificadas en estas latitudes. A usted le toca conservar para Bolívar allá, la intercepción de las Avenidas 18 de Julio y Agraciada.

No lo olvide. Yo, si vivo, volveré a Montevideo para la inauguración del monumento. Adiós. Mis respetos para su hija Estrella. Para usted un apretón de manos y mi admiración constante. R. Blanco-Fombona. P. S. Le mando dos libros recién publicados. Avíseme recibo”.

No olvidamos ni olvidaremos lo de la retribución de la estatua de Bolívar, ni el sitio elegido por Blanco-Fombona en la gran plaza donde se inicia la Avda. Agraciada para culminar en el magnífico Palacio de las Leyes, precisamente donde él se hizo depositario de la estatua de Artigas.